

supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo había dicho, y que si él no lo había oído, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó a replicar el cabrero, y fué el fin de las réplicas asirse de las barbas y darse tales puñadas, que si Don Quijote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos.

Decía Sancho, asido con el cabrero:

—Déjeme vuestra merced, señor Caballero de la Triste Figura; que en éste, que es villano como yo y no está armado caballero, bien puedo a mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano a mano como hombre honrado.

—Así es—dijo Don Quijote—; pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido.

Con esto los apaciguó, y Don Quijote volvió a preguntar al cabrero si sería posible hallar a Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Díjole el cabrero lo que primero había dicho, que no era saber de cierto su manida; pero que si anduviese mucho por aquellos contornos, no dejaría de hallarle, o cuerdo o loco.

#### CAPÍTULO XXV

*Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que hizo de la penitencia de Beltenebros.*

Despidióse del cabrero Don Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó a Sancho que le siguiese, el cual lo hizo con su jumento de muy mala gana. Ibanse poco a poco entrando en lo más áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir a lo que le tenía mandado: mas, no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo:

—Señor Don Quijote, vuestra merced me eche su bendición y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver a mi casa y a mi mujer y a mis hijos, con los cuales por lo menos hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de día y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con esto pasara mi mala ventura; que es recia

cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, peladillazos y puñadas; y con todo esto, nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazón, como si fuera mudo.

—Ya te entiendo, Sancho—respondió Don Quijote—; tú mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dale por alzado, y di lo que quisieres, con condición que no ha de durar este alzamiento más de en cuando anduviéremos por estas sierras.

—Sea así—dijo Sancho—; hable yo ahora, que después, Dios sabe lo que será; y comenzando a gozar de ese salvo conducto, digo que ¿es buena regla de caballería que andemos perdidos por estas montañas sin senda ni camino, buscando a un loco, al cual, después de hallado, quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuesa merced y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto?

—Calla, te digo otra vez, Sancho—dijo Don Quijote—; porque te hago saber que no tanto me trae por estas partes el deseo de hallar el loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra; y será tal, que he de echar con ella el sello a todo aquello que puede hacer perfeto y famoso a un andante aadallero.

—Y ¿es de muy gran peligro esa hazaña?—preguntó Sancho Panza.

—No—respondió el de la Triste Figura—; puesto que de tal manera podía correr el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro; pero todo ha de estar en tu diligencia.

—¿En mi diligencia?—dijo Sancho.

—Sí—dijo Don Quijote—; porque si vuelves presto de donde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria. Y porque no es bien que te tenga más suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadís de Gaula fué uno de los más perfectos caballeros andantes... No he dicho bien fué uno; fué el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. ¡Mal año y mal mes para don Belianís y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo! Porque se engañan, juro, cierto. Digo asimismo que cuando algún pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los más únicos pintores que sabe; y esta misma regla corre por todos los más oficios o ejercicios de cuenta, que sirven para adorno de las repúblicas; y así lo ha de hacer y hace el que quiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando a Ulises, en cuya

persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como también nos mostró Virgilio en persona de Eneas el valor de un hijo piadoso y la sagacidad de un valiente y entendido capitán; no pintándolos ni describiéndolos como ellos fueron, sino como habían de ser, para dar ejemplo a los venideros hombres, de sus virtudes. Desta misma suerte Amadís fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, a quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera del amor y de la caballería militamos. Siendo, pues, esto así, como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que más le imitare estará más cerca de alcanzar la perfección de la caballería; y una de las cosas en que más este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fué cuando se retiró, desdafiado de la señora Oriana, a hacer penitencia en la Peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros, nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad había escogido. Así que, me es a mí más fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas y deshacer encantamientos; y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para qué se deje pasar la ocasión, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas.

—En efecto—dijo Sancho—, ¿qué es lo que vuesa merced quiere hacer en este tan remoto lugar?

—Ya no te he dicho—respondió Don Quijote—que quiero imitar a Amadís, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente don Roldán, que se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, y hizo otras cien mil violencias dignas de eterno nombre y escritura. Y puesto que yo no pienso imitar a Roldán u Orlando o Rotolando (que todos estos tres nombres tenía parte por parte en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me parecieren ser más esenciales; y podría ser que viniese a contentarme con sólo la imitación de Amadís, que, sin hacer locuras de daño, sino de llores y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que más.

—Páreceme a mí—dijo Sancho—que los caballeros que lo tal hicieron, fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced, ¿qué causa tiene para volverse loco?

—Ahí está el punto—respondió Don Quijote—, y ésa es la fineza de mi negocio; que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni

gracias; el toque está en desatinar sin ocasión, y dar a entender a mi dama que si en seco hago esto, ¿qué hiciera en mojado? Cuanto más que harta ocasión tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mía, Dulcinea del Toboso; que, como ya oíste decir a aquel pastor de marras, Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme. Así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitación; loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar a mi señora Dulcinea; y si fuere tal cual a mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y si fuere al contrario, seré loco de veras; y siéndolo, no sentiré nada; así que, de cualquiera manera que responda, saldré del conflicto y trabajo en que me dejares, gozando el bien que me trujeres, por cuerdo o no sintiendo el mal que me aportares, por loco. Pero dime, Sancho, ¿traes bien guardado el yelmo de Mambrino? Que ya ví que le alzaste del suelo cuando aquel desgraciado le quiso hacer pedazos, pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple.

A lo cual respondió Sancho:

—¡Vive Dios, señor caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice! Y que por ellas vengo a imaginar que todo cuanto me dice de caballerías, y de alcanzar reinos e imperios, de dar ínsulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña o patraña, o como lo llamáremos; porque quien oyere decir a vuestra merced que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en más de medio día, ¿qué ha de pensar, sino que quien tal dice y afirma debe de tener huero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal, toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me hiciere tanta gracia que algún día me vea con mi mujer y hijos.

—Mira, Sancho, por el mesmo que denantes juraste te juro—dijo Don Quijote—que tienes el más corto entendimiento, que tiene ni tuvo escudero en el mundo. ¿Que es posible que, en cuanto ha que andas conmigo, no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés! Y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven según su gusto, y según tienen la gana de favorecernos o destruirnos, y así, eso que a ti te parece bacía de barbero, me parece a mí el yelmo de Mambrino, y a otro le parecerá otra cosa. Y fué rara providencia del sabio

que es de mi parte, hacer que parezca bacía a todos, lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambriño, a causa que, siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiría por quitármele; pero, como ven que no es más de un bacín de barbero, no se curan de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompelle, y le dejó en el suelo sin llevarle; que a fe que si le conociera, que nunca él le dejara. Guárdale, amigo; que por ahora no le he menester; que antes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como cuando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia más a Roldán que a Amadís,

Aquella noche llegaron a la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareció a Sancho pasar aquella noche y aun otros algunos días, a lo menos todos aquellos que durase el matalotaje que llevaba; y así, hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques. Pero la suerte fatal, que, según opinión de los que no tienen lumbre de la verdadera fe, todo lo guía, guisa y compone a su modo, ordenó que Ginés de Pasamonte, el famoso embustero y ladrón que de la cadena, por virtud y locura de Don Quijote, se había escapado, llevado del miedo de la Santa Hermandad, de quien con justa razón temía, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte y su miedo a la misma parte donde había llevado a Don Quijote y a Sancho Panza, a hora y tiempo que los pudo conocer, y a punto que los dejó dormir; y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasión de acudir a lo que no se debe, y el remedio presente vengencia a lo por venir, Ginés, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno a Sancho Panza, no curándose de Rocinante, por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida. Dormía Sancho Panza, hurtóle su jumento, y antes que amaneciese, se halló bien lejos de poder ser hallado.

Salió el aurora alegrando la tierra y entristeciendo a Sancho Panza, porque halló menos su rucio; el cual, viéndose sin él, comenzó a hacer el más triste y doloroso llanto del mundo; y fué de manera, que Don Quijote despertó a las voces, y oyó que en ellas decía:

—¡Oh, hijo de mis entrañas, nacido en mi misma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente, sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedís que ganabas cada día mediaba yo mi despensa!

Don Quijote, que vió el llanto y supo la causa, consoló a Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de asnos, para que le diesen tres en su casa, de cinco

que había dejado en ella. Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos, y agradeció a Don Quijote la merced que le hacía; y cargando con todo aquello que había de llevar el rucio, merced a Ginesillo de Pasamonte, siguió a su amo por donde Rocinante le llevaba, hasta que en diversas pláticas llegaron al pie de una alta montaña, que casi como peñón tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban. Corría por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento a los ojos que le miraban; había por allí muchos árboles silvestres y algunas plantas y flores, que hacían el lugar apacible. Este sitio escogió el Caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia; y así, en viéndole comenzó a decir en voz alta, como si estuviera sin juicio:

—Este es el lugar, ¡oh, cielos!, que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habéis puesto; éste es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continuos y profundos enspiros moverán a la continua las hojas destes montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazón padece. ¡Oh, vosotros, quien quiera que seáis, rústicos dioses, que en este inhabitable lugar tenéis vuestra morada! Oid las quejas deste desdichado amante, a quien una luenga ausencia y unos imaginados celos han traído a lamentarse entre estas asperezas, y a quejarse de la dura condición de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura. ¡Oh, vosotras, Napeas y Dríadas, que tenéis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes! Así los ligeros sátiros, de quien sois, aunque en vano amadas, no perturben jamás vuestro dulce sosiego que me ayudéis a lamentar mi desventura, o a lo menos no os canséis de oílla. ¡Oh, Dulcinea del Toboso, día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura! Así el cielo te la dé buena en cuanto acertares a pedirle, que consideres el lugar y el estado a que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que a mi fe se le debe. ¡Oh, solitarios árboles, que desde hoy en adelante habéis de hacer compañía a mi soledad! Dad indicio, con el blando movimiento de vuestras ramas, que no os desagrada mi presencia. ¡Oh, tú, escudero mío, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos! Toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites a la causa total de todo ello; y diciendo esto, se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla, y dándole una palmada en las ancas, le dijo: Libertad te da el que sin ella queda, ¡oh, caballo tan extremado por tus obras cuan desdichado por tu suerte! Vete por do quisieres, que en la frente llevas escrito

qué no te igualó en ligereza el Hipógrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó a Bradamante.

Viendo esto Sancho, dijo:

—¡Bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenbaldar al Rucio! Que a fe que no faltaran palmadicas que dalle, ni cosas que decille en su alabanza; pero si él aquí estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no había para qué; que a él no le tocaban las generales de enamorado ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo cuando Dios quería; y en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced van de veras, que será bien tornar a ensillar a Rocinante para que supla la falta del Rucio, porque será ahorrar tiempo a mi ida y vuelta; que si lo hago a pie, no sé cuándo llegaré, ni cuándo volveré, porque, en resolución, soy mal caminante.

—Digo Sancho—respondió Don Quijote—, que sea como tú quisieres: que no me parece mal tu designio; y digo que de aquí a tres días te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas.

—Pues ¿qué más tengo de ver—dijo Sancho—que lo que he visto?

—¡Bien estás en el cuento!—respondió Don Quijote— Ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez, que te han de admirar.

—Por amor de Dios—dijo Sancho—, que mire vuestra merced cómo se da esas calabazadas; que a tal peña podría llegar, y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta penitencia; y sería yo de parecer que, ya que a vuestra merced le parece que son aquí necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla; se contentase, digo, con dárselas en el agua, o en alguna cosa blanda como algodón; y déjeme a mí el cargo; que yo diré a mi señora que vuestra merced se las daba en una punta de peña más dura que la de un diamante,

—Yo agradezco tu buena intención, amigo Sancho—, respondió Don Quijote—; mas quírote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago no son de burlas, sino muy de veras; porque de otra manera sería contravenir a las Ordenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos; y el hacer una cosa por otra lo mismo es que mentir, así que, mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valaderas, sin que lleven nada del sofisticado ni del fantástico; y será necesario que me dejes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos.

—Más fué perder el asno—respondió Sancho—que si se perdieran sin él las hilas y todo; y rúgole a vuestra merced que no se acuerde más de aquel maldito brebaje; que en sólo oírle mentar se me revuelve el alma, cuanto y más el estómago; y más le ruego, que haga cuenta que son ya pasados los tres días que me ha dado de término para ver las locuras que hace, que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas a mi señora; y escriba la carta, y despácheme luego, porque tengo gran deseo de volver a sacar a vuestra merced deste purgatorio donde le dejo.

—¿Purgatorio le llamas, Sancho!—dijo Don Quijote— Mejor hicieras de llamarle infierno, y aun peor, si hay otra cosa que lo sea.

—Quien ha infierno—respondió Sancho—*nula es retencio*, según he oído decir.

—No entiendo qué quiere decir *retencio*—dijo Don Quijote.

—*Retencio* es—respondió Sancho—que quien está en el infierno nunca sale dél, ni puede, lo cual será al revés en vuestra merced, o a mí me andarán mal los pies, si es que llevo espuelas para avivar a Rocinante; y póngame yo una por una en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necedades y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la venga a poner más blanda que un guante, aunque la halle más dura que un alcornoque; con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los aires como brujo, y sacaré a vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues hay esperanza de salir dél, la cual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa.

—Así es la verdad—dijo el de la Triste Figura—; pero ¿qué haremos para escribir la carta?

—Y la libranza pollinesca también—añadió Sancho.

—Todo era menester—dijo Don Quijote—; y sería bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos, como hacían los antiguos, en hojas de ciertos árboles o en unas tablillas de cera, aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido a la memoria dónde será bien, y aun más que bien, escribilla, que es en el librillo de memoria que fué de Cardenio, y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares donde haya maestro de escuela de muchachos, o si no, cualquiera sacristán te la trasladará, y no se la des a trasladar a ningún escribano, que hace letra procesada, que no la entederá Satanás.

—Pues ¿qué se ha de hacer de la firma?—dijo Sancho.

QUIJ. ESC.

—Nunca las cartas de amores se firman—respondió Don Quijote.

—Está bien—respondió Sancho—; pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y esa, si se traslada, dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos.

—La libranza irá en el mismo librito firmada, y en viéndola mi sobrina no pondrá dificultad en cumplilla; y en lo que toca a la carta de amores, pondrás por firma: *Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura*. Y hará poco al caso que vaya de mano ajena, porque, a lo que yo me se acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mía ni carta mía, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse a más que a un honesto mirar, y aun esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad que en doce años que ha que la quiero más que a la lumbre destos ojos, que ha de comer la tierra, no la he visto cuatro veces; y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que su padre Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales la han criado.

—Ta, ta—dijo Sancho—, ¿que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?

—Esa es—dijo Don Quijote—y es la que merece ser señora de todo el universo.

—Bien la conozco—dijo Sancho—puesto que nunca la he visto; y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo. ¡Vive el Dador, que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la zanca del lodo a cualquier caballero andante o por andar, que la tuviere por señora! ¡Oh, qué rejo que tiene y qué voz! Sé decir que se puso un día encima del campanario del aldea a llamar a unos zagales suyos, que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaba de allí más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre; y lo mejor que tiene es, que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana; con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire. Ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse; que nadie habrá que lo sepa, que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo, y querría ya verme en camino sólo por vella, que ha muchos días que lo deseo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire. Y confieso a vuestra merced una verdad, señor Don Quijote: que hasta aquí he estado en una grande

ignorancia; que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debía de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, o alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del vizcaíno como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, según deben de ser muchas las victorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aún no era su escudero; pero, bien considerado, ¿qué se le ha de dar a la señora Aldonza Lorenzo (digo, a la señora Dulcinea del Toboso) de que se le vayan a hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced envía y ha de enviar? Porque podría ser que al tiempo que ellos llegasen, estuviese ella rastrillando lino o trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese y enfadase del presente.

—Ya te tengo dicho antes de ahora muchas veces, Sancho—dijo Don Quijote—, que eres muy grande hablador, y que, aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo. ¿Piensas tú que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Filidas, y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No por cierto, sino que los más se las fingen por dar sujeto a sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo; y así, bástame a mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y lo del linaje importa poco, que no han de ir a hacer la información dél para darle algún hábito, y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo. Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan a amar, más que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama; y estas dos se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan; y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada; y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad; y ni le llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas, griega, bárbara o latina; y diga cada uno lo que quisiere; que si por esto fuere reprendido de los ignorantes, no seré castigado de los juiciosos.

—Digo que en todo tiene vuestra merced razón—respondió Sancho—, y que soy un asno. Mas no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la sogá en casa del ahorcado; pero venga la carta, y a Dios, que me mudo.

Sacó el libro de memoria Don Quijote, y apartándose a una parte con

mucho sosiego comenzó a escribir la carta; y en acabándola, llamó a Sancho y le dijo que se la quería leer, porque la tomase de memoria, por si acaso se le perdiese por el camino; que de su desdicha todo se podía temer.

A lo cual respondió Sancho:

—Escribala vuestra merced dos o tres veces ahí en el libro, y démele; que yo le llevaré bien guardado; porque pensar que yo la he de tomar en la memoria es disparate: que la tengo tan mala, que muchas veces se me olvida cómo me llamo; pero, con todo eso, dígamela vuestra merced; que me holgaré mucho de oílla; que debe de ir como de molde.

—Escucha; que así dice—dijo Don Quijote.

### CARTA DE DON QUIJOTE A DULCINEA DEL TOBOSO

«SOBERANA Y ALTA SEÑORA:

El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afinamiento, magüer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que además de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relación, ¡oh, bella ingrata, amada enemiga mía!, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto; que con acabar mi vida, habré satisfecho a tu crueldad y a mi deseo.

Tuyo hasta la muerte,

*El Caballero de la Triste Figura.*»

—¡Por vida de mi padre—dijo Sancho, en oyendo la carta—, que es la más alta cosa que jamás he oído! ¡Pesía a mí, y cómo que le dice vuestra merced ahí todo cuanto quiere! Y ¡qué bien que encaja en la firma *El Caballero de la Triste Figura*! Digo de verdad que es vuestra merced el mismo diablo, y que no hay cosa que no sepa.

—Todo es menester—respondió Don Quijote—para el oficio que yo trayo.

—Ea, pues—dijo Sancho—, ponga vuestra merced en esotra vuelta la cédula de los tres pollinos, y firmela con mucha claridad, porque la conozcan en viéndola.

—Que me place—dijo Don Quijote.

Y habiéndola escrito, se la leyó, que decía así:

«Mandaré vuestra merced por ésta primera de pollinos, señora Sobrina,

dar a Sancho Panza, mi escudero, tres de los cinco que dejé en casa y están a cargo de vuestra merced; los cuales tres pollinos se los mando librar y pagar por otros tantos, aquí recibidos de contado; que con ésta, y con su carta de pago, serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena, a veinte y nueve de Agosto deste presente año.»

—Buena está—dijo Sancho—; firmela vuestra merced.

—No es menester firmarla—dijo Don Quijote—, sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mesmo que firma, y para tres asnos, y aun para tre-cientos, fuera bastante.

—Yo me confío de vuestra merced—respondió Sancho—; déjeme ir a ensillar a Rocinante, y aparéjese vuestra merced a echarme su bendición; que luego pienso partirme, sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer; que yo diré que le ví hacer tantas, que no quiera más.

—Por lo menos quiero, Sancho, y porque es menester así, quiero, digo, que me veas en cueros y hacer una o dos docenas de locuras (que las haré en menos de media hora), porque, habiéndolas tú visto por tus ojos, puedas jurar a tu salvo en las demás que quisieras añadir; y asegúrote que no dirás tú tantas cuantas yo pienso hacer.

—Por amor de Dios, señor mío, que no vea yo en cueros a vuestra merced; que me dará mucha lástima, y no podré dejar de llorar; y tengo tal la cabeza, del llanto que antes hice por el Rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros; y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las que le vinieren más a cuento; cuanto más, que para mí no era menester nada deso, y, como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece; y si no, aparéjese la señora Dulcinea; que si no responde como es razón, voto hago solene a quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago a coces y a bofetones; porque ¿dónde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco sin qué ni para qué, por una...? No me lo haga decir la señora, porque, por Dios que despotrique y lo eche todo a doce, aunque nunca se venda. ¡Bonico soy yo para eso! Mal me conoce; pues a fe que si me conociese, que me ayunase.

—A fe, Sancho—dijo Don Quijote—, que, a lo que parece, no estás tú más cuerdo que yo.

—No estoy tan loco—respondió Sancho—; mas estoy más colérico. Pero dejando esto aparte, ¿qué es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? ¿Ha de salir al camino, como Cardenio, a quitárselo a los pastores?

—No te dé pena ese cuidado—respondió Don Quijote—; porque, aunque tuviera, no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieran; que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas equivalentes.

A esto dijo Sancho:

—¿Sabe vuestra merced qué temo? Que no tengo de acertar a volver a este lugar donde ahora le dejo, según está escondido.

—Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme destos contornos—dijo Don Quijote—, y aun tendré cuidado de subirme por estos más altos riscos, por ver si te descubro cuando vuelvas; cuanto más, que lo más acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay, y las vayas poniendo de trecho a techo hasta salir a lo raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas, a imitación del hilo del laberinto de Teseo.

—Así lo haré—respondió Sancho Panza.

Y cortando algunas, pidió la bendición a su señor, y no sin muchas lágrimas de entrambos se despidió dél; y subiendo sobre Rocinante, a quien Don Quijote encomendó mucho, y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho a trecho los ramos de retama, como su amo se lo había aconsejado; y así se fué, aunque todavía le importunaba Don Quijote que le viese, siquiera hacer dos locuras.

Mas no hubo andado cien pasos, cuando volvió y dijo:

—Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien; que, para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced.

—¿No te lo decía yo?—dijo Don Quijote—Espérate, Sancho, que en un credo las haré.

Y desnudándose con toda priesa los calzones, quedó en carnes y en pañales; y luego, sin más ni más, dió dos zapatetas en el aire, y dos tumbas, la cabeza abajo y los pies en alto, volvió Sancho la rienda a Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podía jurar que su amo quedaba loco; y así, le dejaremos ir su camino hasta la vuelta, que fué breve.

## CAPÍTULO XXVI

*Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo Don Quijote en Sierra Morena.*

Y volviendo a contar lo que hizo el de la Triste Figura después que se vió solo, dice la historia que, así como Don Quijote acabó de dar las tumbas o vueltas, de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se había ido, sin querer aguardar a ver más sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña, y allí tornó a pensar lo que otras muchas veces había pensado, sin haberse jamás resuelto en ello, y era, que ¿cuál sería mejor y le estaría más a cuento? ¿Imitar a Roldán en las locuras desaforadas que hizo, o a Amadís en las malencónicas? Y hablando entre sí mismo, decía: «Si Roldán fué tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, ¿qué maravilla? Pues al fin era encantado, y no le podía matar nadie sino era metiéndole un alfiler de a blanca por la punta del pie, y él traía siempre los zapatos con siete suelas de hierro; aunque no le valieron tretas con Bernardo del Carpio, que se las entendió, y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles. Por otra parte veo que Amadís de Gaula, sin perder el juicio y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que más; porque lo que hizo, según su historia, no fué más de que (por verse desdeñado de su señora Oriana, que le había mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad) se retiró a la Peña Pobre en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar hasta que el cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad. Y si esto es verdad, como lo es, ¿para qué quiero yo tomar trabajo agora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre a estos árboles, que no me han hecho mal alguno, ni para qué tengo de enturbiar el agua clara destos arroyos, los cuales me han de dar de beber cuando tenga gana? Viva la memoria de Amadís, y sea imitado de Don Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere; del cual se dirá lo que del otro se dijo, que, si no acabó grandes cosas, murió por acometellas; y si yo no soy desechado ni desdeñado de mi Dulcinea, bástame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea, pues, manos a la obra: venid a mi memoria, cosas de Amadís, y enseñadme por dónde tengo de comenzar a imitaros. Mas ya sé que lo que más él hizo fué rezar, y encomendarse a Dios; pero, ¿de qué haré rosario? Que no le tengo.» En esto le vino al pensamiento cómo le haría, y fué de unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez, y esto le sirvió de rosario

el tiempo que allí estuvo, donde rezó un millar de avemarías. Y lo fatigaba mucho era no hallar por allí otro ermitaño que le confesase y con quien consolarse; y así, se entretenía paseándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados a su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea.

Y será bien dejalle envuelto entre sus suspiros y versos, por contar lo que le avino a Sancho Panza en su mandadería; y fué, que en saliendo al camino real, se puso en busca del del Toboso, y otro día llegó a la venta, cuando salieron de ella dos personas, que luego le conocieron, y dijo el uno al otro:

—Dígame, señor Licenciado, aquel del caballo, ¿no es Sancho Panza, el que dijo el Ama de nuestro aventurero que había salido con su señor por escudero?

—Sí es—dijo el Licenciado—, y aquél es el caballo de nuestro Don Quijote:

Y conociéronle tan bien como aquellos que eran el Cura y el Barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio y auto general de los libros; los cuales, así como acabaron de conocer a Sancho Panza y a Rocinante, deseosos de saber de Don Quijote, se fueron a él, y el Cura le llamó por su nombre, diciéndole:

—Amigo Sancho Panza, ¿adónde queda vuestro amo?

Conociólos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y la suerte dónde y cómo su amo quedaba; y así, les respondió que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la cual él no podía descubrir, por los ojos que en la cara tenía.

—No, no—dijo el Barbero—; Sancho Panza, si vos no nos decís dónde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habéis muerto y robado, pues venís encima de su caballo; en verdad que nos habéis de dar el dueño del rocín, o sobre eso, morena.

—No hay para qué conmigo amenazas; que yo no soy hombre que robo ni mato a nadie; a cada uno mate su ventura, o Dios, que le hizo: mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña, muy a su sabor.

Y luego, de corrida y sin parar, les contó de la suerte que quedaba, las primeras aventuras que le habían con él sucedido, y cómo llevaba la carta a la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los hígados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba; aunque ya sabían la locura de Don Quijote, y el género della, siempre que la oían se admiraban de nuevo.

Pidiéronle a Sancho Panza que les enseñase la carta, que llevaba a la señora Dulcinea del Toboso. El dijo que iba escrita en un libro de memoria, y que era orden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase; a lo cual dijo el Cura que se la mostrase; que él la trasladaría de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza, buscando el librito; pero no le halló, ni le podría hallar si le buscara hasta agora, porque se había quedado Don Quijote con él, y no se le había dado, ni a él se le acordó de pedirsele. Cuando Sancho vió que no hallaba el libro, fuésele parando mortal el rostro; y tornándose a tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó a echar de ver que no le hallaba, y sin más ni más, se echó entrambos puños a las barbas y se arrancó la mitad dellas; y luego, apriesa y sin cesar, se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre.

Visto lo cual por el Cura y el Barbero, le dijeron que qué le había sucedido, que tan mal se paraba.

—¿Qué me ha de suceder—respondió Sancho—, sino el haber perdido, de una mano a otra, en un instante, tres pollinos, que cada uno era como un castillo?

—¿Cómo es eso?—replicó el Barbero.

—He perdido el libro de memoria—respondió Sancho—donde venía la carta para Dulcinea, y una cédula firmada de mi señor, por la cual mandaba que su sobrina me diese tres pollinos, de cuatro o cinco que estaban en casa.

Y con esto les contó la pérdida del Rucio.

Consolóle el Cura, y díjole que en hallando a su señor, él le haría reválidar la manda, y que tornase a hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre; porque las que se hacían en libros de memoria jamás se aceptaban ni cumplían.

Con esto se consoló Sancho, y dijo que como aquello fuese así, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabía casi de memoria, de la cual se podría trasladar dónde y cuándo quisiesen.

—Decílda, Sancho, pues—dijo el Barbero,—que después la trasladaremos.

Paróse Sancho Panza a rascar la cabeza para traer a la memoria la carta, y ya se ponía sobre un pie y ya sobre otro, unas veces miraba al suelo otras al cielo, y al cabo de haberse roído la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos a los que esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de grandísimo rato:

—Por Dios, señor Licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda; aunque en el principio decía: *Alla y sobajada señora.*

—No diría—dijo el Barbero—*sobajada*, sino *sobrehumana* o *soberana señora*.

—Así es—dijo Sancho—. Luego, si mal no me acuerdo, proseguía, si mal no me acuerdo, *el llagado y salto de sueño, y el ferido besa a vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa*; y no sé qué decía de salud y de enfermedad que le enviaba; y por aquí iba escurriendo, hasta que acababa en: *Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura*.

No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronsele mucho, y le pidieron que dijese la carta otras dos veces, para que ellos asimismo la tomasen de memoria, para trasladalla a su tiempo. Tornóla a decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvió a decir otros tres mil disparates.

Tras esto contó asimismo otras cosas de su amo; dijo también cómo su señor, en trayendo que le trujese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se había de poner en camino a procurar cómo ser emperador, o por lo menos monarca; que así lo tenían concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir a serlo, según era el valor de su persona y la fuerza de su brazo; y que en siéndolo, le había de casar a él, porque ya sería viudo (que no podía ser menos), y le había de dar por mujer a una doncella de la Emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin ínsulas ni ínsulos; que ya no los quería. Decía esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando cuán vehemente había sido la locura de Don Quijote, pues había llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles que, pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y a ellos les sería de más gusto oír sus necedades; y así, le dijeron que rogase a Dios por la salud de su señor; que cosa contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo a ser emperador, como él decía, o por lo menos arzobispo, u otra dignidad equivalente.

A lo cual respondió Sancho:

—Señores, si la fortuna rodease las cosas de manera que mi amo le viniese en voluntad de no ser emperador, sino de ser arzobispo, querría yo saber agora qué suelen dar los arzobispos andantes a sus escuderos.

—Suelenles dar—respondió el Cura—algún beneficio simple o curado, o alguna sacristanía, que les vale mucho de renta rentada, amén del pie de altar, que se suele estimar en otro tanto.

—Para eso será menester—replicó Sancho—que el escudero no sea

casado y que sepa ayudar a misa por lo menos; y si esto es así, ¡desdichado yo, que soy casado, y no sé la primera letra del A B C! ¿Qué será de mí, si a mi amo le da antojo de ser arzobispo, y no emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes?

—No tengáis pena, Sancho amigo—dijo el Barbero—; que aquí rogaremos a vuestro amo (y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia) que sea emperador, y no arzobispo, porque le será más fácil, a causa de que él es más valiente que estudiante.

—Así me ha parecido a mí—respondió Sancho—; aunque sé decir que para todo tiene habilidad: lo que yo pienso hacer de mi parte es rogarle a nuestro Señor que le eche a aquellas partes donde él más se sirva y adonde a mí más mercedes me haga.

—Vos lo decís como discreto—dijo el Cura—, y lo haréis como buen cristiano; mas lo que ahora se ha de hacer es dar orden cómo sacar a vuestro amo de aquella inútil penitencia que decís que queda haciendo; y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta.

Sancho dijo que entrasen ellos; que él esperaba allí fuera; mas que les rogaba que le sacasen allí algo de comer, que fuese cosa caliente, y asimismo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron, y de allí a poco el Barbero le sacó de comer. Después, habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrían para conseguir lo que deseaban, dió el Cura un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quijote y para lo que ellos querían, y fué, que dijo al Barbero que lo que había pensado era, que él se vestiría en hábito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese como escudero, y que así irían adonde Don Quijote estaba, fingiendo ser el Cura una doncella afligida y menesterosa; y le pediría un don, el cual él no podría dejarse de otorgar, como valeroso caballero andante; y que el don que le pensaba pedir era que se viniese con ella donde ella le llevase, a desfacelle un agravio que un mal caballero le tenía fecho, y que le suplicaba ansimesmo que no la mandase quitar su antifaz ni la demandase cosa de su hacienda fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero; y que creyese sin duda que Don Quijote vendría en todo cuanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarían de allí, y le llevarían a su lugar, donde procurarían ver si tenía algún remedio su extraña locura.